



**VICENTE  
GARRIDO**

**NUEVOS  
PERFILES  
CRIMINALES**

**LOS MAYORES  
DESAFÍOS DE LA  
INVESTIGACIÓN  
CRIMINAL**

*Ariel*

Vicente Garrido

# Nuevos perfiles criminales

Los mayores desafíos de la investigación criminal

*Ariel*

Edición actualizada: octubre de 2020  
Primera edición: marzo de 2012

© 2011 y 2020, Vicente Garrido Genovés, de la Universidad de Valencia

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3299-4  
Depósito legal: B. 14.973-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Índice

<i>Prólogo</i> . . . . .	13
--------------------------	----

### PRIMERA PARTE

#### El perfil criminológico y los asesinos en serie

CAPÍTULO 1.	Psicópatas, asesinos y violadores en serie .	19
CAPÍTULO 2.	Los pioneros de la escena del crimen y la ciencia forense . . . . .	123
CAPÍTULO 3.	Los pioneros del <i>profiling</i> y la etapa del diagnóstico clínico . . . . .	155
CAPÍTULO 4.	La escuela del FBI: la Unidad de Ciencias de la Conducta (BSU) . . . . .	181
CAPÍTULO 5.	El perfil criminológico en la actualidad . .	215
CAPÍTULO 6.	Principios y metodología del <i>profiling</i> . . .	255
CAPÍTULO 7.	La autopsia psicológica y la escena simulada .	315
CAPÍTULO 8.	Análisis lingüístico forense: el caso Unabomber . . . . .	339

### SEGUNDA PARTE

#### Perfiles criminales

CAPÍTULO 9.	Asesinos múltiples en un solo acto . . . . .	371
CAPÍTULO 10.	Ted Bundy, el asesino de la modernidad . .	389
CAPÍTULO 11.	La extraña muerte de Nagore Laffage. . . .	417
CAPÍTULO 12.	Eliot Ness contra el Torso . . . . .	463
CAPÍTULO 13.	El Hijo de Sam. . . . .	489

CAPÍTULO 14. BTK: el hombre que quería ser un asesino en serie. . . . .	511
CAPÍTULO 15. El enigma del coronel Williams . . . . .	559
CAPÍTULO 16. El Monstruo de Florencia . . . . .	575
CAPÍTULO 17. Los ángeles de la muerte . . . . .	587
<i>Fuentes y bibliografía</i> . . . . .	611

## Capítulo 1

### Psicópatas, asesinos y violadores en serie

#### **Psicópatas**

La psicopatía representa un cuadro clínico clasificado como un trastorno de personalidad, que incluye un conjunto de rasgos de naturaleza interpersonal, afectiva, conductual (estilo de vida) y antisocial. En el ámbito interpersonal, los psicópatas se caracterizan por poseer encanto superficial, narcisismo o grandioso sentido de la autoestima, mentir de manera patológica y emplear con maestría la manipulación y el engaño. Por lo que respecta a la faceta afectiva, destaca la falta de sentimientos de culpa, la ausencia de empatía y las emociones superficiales, junto con la incapacidad de responsabilizarse de los actos cometidos. En la faceta de la conducta o del estilo de vida predomina la irresponsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones, la búsqueda de excitación, la impulsividad, la falta de metas realistas y un ánimo de vivir a costa de los demás (vida parásita). Finalmente, en la faceta antisocial, los psicópatas muestran una notable falta de autocontrol, problemas precoces de conducta, delincuencia juvenil, una amplia versatilidad delictiva y el quebrantamiento frecuente de las condiciones de la libertad vigilada o condicional.

Los psicópatas que presentan un historial criminal ya desde jóvenes son los más activos, los que cometen delitos más graves, los más versátiles. De entre los delincuentes conocidos por la policía y la justicia, estos son los que tienen mayor riesgo de reincidencia, los que peor funcionan en los programas de tratamiento. Muchas veces su comportamiento desafiante aparece incluso mientras

cumplen pena de prisión, al generar numerosos conflictos con los otros presos y con los funcionarios. Estos psicópatas identificados como tales son muy impulsivos, abusan generalmente del alcohol y de las drogas, y prolongan su carrera delictiva más allá de los 40 años. Dejan de delinquir al ser demasiado viejos para el crimen, o cuando las drogas les dejan en condiciones precarias, o bien, si tienen suerte, porque algún familiar o institución les permiten algún retiro donde la violencia ya no les aporta gran cosa. Anglés, el asesino desaparecido de las niñas de Alcácer, es un buen ejemplo, así como Pedro Jiménez, que mató a dos jóvenes policías en prácticas aprovechando un permiso del que disfrutaba cuando ya estaba terminando su condena.

Los psicópatas «integrados» son otra cosa. Estos individuos tienen un mejor control de los impulsos, planifican más, y cuando al fin deciden delinquir tienen muy claro que merece la pena correr los riesgos con tal de lograr sus propósitos. Puede ser dinero, propiedades, librarse de alguien incómodo, vengarse de un agravio... Nadie se espera esa violencia porque no tienen antecedentes penales (o al menos estos no son por delitos graves), trabajan y muchas veces tienen una familia. Sin embargo, el núcleo de la personalidad de ambos es el mismo: falta de empatía, emociones superficiales, profundo egocentrismo, acentuado narcisismo... Las diferencias radican en que el psicópata criminal (no integrado) ha ejercido el delito desde joven, probablemente porque sus ansias hedonistas, su deseo de gratificación inmediata y su impulsividad y deseo de vivir situaciones límites le llevaron muy pronto a quebrantar las leyes y a explotar a los demás. Los psicópatas integrados manipulan mejor, tienen menos necesidad de vivir al filo de la navaja y han tenido el suficiente autocontrol como para llegar a adultos respetando las leyes.

Muchos psicópatas integrados —la mayoría— no son delinquentes, por más que su compañía sea fuente de dolor para quienes les rodean, debido a su comportamiento amoral y a su deseo de obtener poder y privilegios con los que satisfacer su narcisismo. Pero algunos, por razones que aún no se conocen, explotan con un gran acto de violencia en edad ya bien adulta, por una razón claramente precisa en sus mentes, generalmente buscando algo: dinero, sexo, mayor autonomía vital y poder. Si esa explosión violenta exi-

ge la muerte sucesiva de varias personas estamos frente a un asesino en serie, como es el caso del celador de Olot, responsable de la muerte de 11 ancianas a las que cuidaba en una residencia, el de Remedios Sánchez —una cocinera que mató a tres mujeres mayores en Barcelona— o el apodado por la prensa Falso monje shaolín, quien asesinó en un breve plazo de tiempo a dos mujeres, por citar los tres últimos casos de asesinos en serie aparecidos en España. En contra de lo que la gente cree, los asesinos seriales no tienen por qué ser particularmente inteligentes: basta con que sean discretos y adopten unas mínimas precauciones; en el fondo cuentan con la ventaja de que la gente normal no espera que nadie mate ancianas en un geriátrico o en sus casas aprovechando que se les invita a tomar café, ni tampoco esperas que un conocido «maestro» en artes marciales en toda España torture y mate a una mujer contratada como prostituta. Y, lo que quizá sea más importante, los asesinos seriales son difíciles de capturar porque sus víctimas son desconocidas, lo que complica mucho la investigación, que suele encontrar sus mayores cauces de información mediante el examen del entorno con el que se relacionaba la víctima.

#### LA INTELIGENCIA DE LOS PSICÓPATAS ASESINOS SERIALES

Precisamente, un reciente estudio realizado por Terence Leary y su grupo, de la Universidad de la Costa del Golfo de Florida, se propuso averiguar, de una vez por todas, qué hay de verdad en la creencia extendida de que los psicópatas asesinos en serie son criminales inteligentes. En realidad, esta creencia viene de antiguo, porque algunos de los primeros grandes investigadores que se ocuparon de su estudio los describieron como personas inteligentes, como Philippe Pinel (1801), Benjamin Rush (1816) en el siglo XIX y, ya modernamente, el más importante analista de la psicopatía del siglo XX (Hervey Cleckley), así como los principales investigadores del FBI que ayudaron a crear la moderna metodología del perfil criminológico, como John Douglas, Robert Ressler y Ann Burgess.

Antes de seguir adelante, es necesario recordar que, como se podrá deducir de lo escrito anteriormente, los términos «psicópata» y «asesino en serie» no son sinónimos, toda vez que sabemos



que una muy pequeña parte de los psicópatas son criminales, y dentro de estos, solo una parte ínfima actúan como asesinos seriales. Sin embargo, sí se podría decir que la gran mayoría de los asesinos en serie son psicópatas, aunque no todos ellos, porque algunos tienen enfermedades propias de la psicosis, y otros presentan otras configuraciones de personalidad. Entonces podemos enfrentarnos al problema de la mayor o menor inteligencia de los asesinos en serie de dos formas. La primera es viendo qué dice la investigación acerca de las diferencias entre psicópatas y no psicópatas. En general, la respuesta que tenemos a esta cuestión es que no existe relación entre la psicopatía y la inteligencia, es decir, que un psicópata puede ser más o menos inteligente como cualquier otro ciudadano que no posea esta condición.

La segunda forma de resolver esta cuestión es centrándonos en estudiar la inteligencia de los asesinos en serie, que sabemos que en su mayoría son psicópatas. Si somos capaces de comprobar que estos tienen una inteligencia mayor que la de otros tipos de criminales, o bien, que la gente de la población no delincuente, entonces podríamos afirmar que los asesinos en serie con criminales inteligentes. Sobre esta segunda cuestión apenas tenemos investigación, más allá de estudios de casos o algunas aseveraciones no del todo bien fundamentadas en archivos, como por ejemplo la que permitió a los agentes del FBI considerar a los llamados «asesinos organizados» como inteligentes, a diferencia de los asesinos «desorganizados» (véase capítulo 4). Así pues, Leary y su grupo se pusieron a revisar la base de datos de asesinos en serie Radford alojada en la Universidad de la Costa del Golfo de Florida, que cubre los casos conocidos desde 1950 hasta la actualidad, y pudieron obtener 303 sujetos acerca de los cuales existía en sus registros su coeficiente de inteligencia. Luego, comprobaron tres cosas:

1. Si los criminales organizados tenían una inteligencia mayor que los desorganizados, como plantea el modelo del FBI.
2. Si los asesinos en serie como grupo obtienen un valor promedio mayor que el de la población en general.
3. Si se podía observar diferencias entre grupos de asesinos seriales definidos por su motivación para cometer los crímenes. Por razones de muestreo, solo se tuvieron en cuenta los

siguientes motivos: beneficio económico; gratificación sexual, y gratificación ajena a lo sexual.

Los resultados fueron los siguientes. En promedio, los asesinos en serie tienen una inteligencia menor en casi 7 puntos (93,23) en comparación con la población general (cuya media es 100). Ahora bien, si tomamos los valores de inteligencia en su nivel más elevado (CI>123) o más bajo (CI<70), entonces se observa que los asesinos seriales tienen casi cinco veces más sujetos en la categoría alta que los sujetos de la población, aunque en cambio tienen siete veces más probabilidades de tener individuos en el rango más bajo de la inteligencia.

Por lo que respecta a la diferencia entre los organizados y los desorganizados, la adscripción del rasgo de la inteligencia a los primeros estaba bien fundamentada: su CI superó en 10 puntos a los desorganizados (99,93 versus 89,60).

Finalmente, los criminales que mataron por disfrutar, es decir, por saciar una compulsión y obtener una gratificación interna o psicológica, eran más inteligentes (96,5) que los que mataban por razones financieras (86,84). Y entre los que mataron por la gratificación emocional, los que lo hacían por razones sexuales tenían una inteligencia menor (93,07) que los que buscaban una gratificación sin el componente sexual (104,60).

En resumen, de esta investigación tan novedosa se pueden sacar las siguientes conclusiones. En primer lugar, como grupo, los asesinos en serie no son más inteligentes que la media poblacional; si acaso, son un poco menos inteligentes, aunque claramente dentro de lo que se puede entender inteligencia promedio o «normal». En segundo lugar, que es cierto que sí que hay asesinos seriales que son muy inteligentes, y de hecho entre los asesinos el porcentaje de sujetos que están dentro de la categoría de inteligencia «superior» alcanza al 10,6% del total, frente al 2,2% de la población general. En compensación, también hay más asesinos que sujetos de la población en la categoría más inferior de la inteligencia (15,2% versus 2,2%). Y, finalmente, que los más inteligentes de todos, como grupo, son los que buscan satisfacer su compulsión de matar sin necesidad de violar a sus víctimas.

En resumen, los estudios sobre psicopatía describen a una persona que es egocéntrica y motivada por obtener solo sus propios intereses, utilizando a la gente como un medio para conseguir sus fines, sin remordimiento alguno por actuar así ya que carece de empatía. Este tipo de trastorno de personalidad tiene una entidad propia, y a través de las culturas y del tiempo se han realizado investigaciones que revelan su presencia en la humanidad desde tiempos inmemoriales.

De lo dicho hasta ahora se entiende que la psicopatía es una condición estrechamente unida con la violencia, y en particular con los crímenes violentos. Una condición que puede albergar mentes muy brillantes.

De acuerdo con los resultados observados, podríamos convenir con estos pioneros de la psicopatía de los siglos XIX y XX que lo que hace temible a una parte de los asesinos en serie es la combinación de rasgos como inteligencia, narcisismo, capacidad de manipulación, falta de empatía y de conciencia (sentimiento de pesar y culpa), todo lo cual se pone al servicio de una compulsión homicida que les proporciona un sentimiento sin parangón de control y poder. En otras palabras, los psicópatas criminales y asesinos en serie son los seres humanos más peligrosos que existen, y si alcanzan cotas de poder político, pueden ser los responsables de genocidios y millones de muertos producto de las guerras.

Ahora bien, ¿qué tipo de violencia es la más susceptible de ser empleada por los psicópatas? Una distinción tradicional en criminología relacionada con la violencia es la que separa la violencia reactiva de la violencia proactiva o instrumental. La violencia instrumental se refiere a la que se emplea como medio para conseguir otra meta, como venganza, dinero o control de la víctima para abusar de ella (por ejemplo, en términos sexuales). En cambio, la violencia reactiva se ejerce como respuesta a una amenaza percibida o una provocación (en inglés se denomina «hot violence», mientras que la violencia proactiva se designa como «cool violence»). Se ha señalado que esta distinción —aunque cuenta con detractores, ha-

bida cuenta que los sujetos pueden incurrir en una u otra de acuerdo con la situación— puede ser de utilidad en diferentes sectores de la criminología aplicada como el perfil criminológico, el tratamiento de delincuentes violentos y la predicción del riesgo de reincidencia. La investigación actual señala que, si bien los psicópatas incurrir en ambos tipos de violencia, sus rasgos de personalidad y de comportamiento los orientan especialmente hacia la violencia proactiva o instrumental, es decir, hacia una agresión premeditada o «fría», dado que el deseo de explotar a los otros, emparejado con la falta de empatía por lo que les puede ocurrir, les permitiría planear con antelación esquemas de engaño y de manipulación con los que conseguir sus deshonestos propósitos.

Y ¿quiénes son los criminales con mayor capacidad de actuar de forma depredadora o premeditada, sin que importen el dolor y el sufrimiento de la víctima? El asesino en serie es el candidato ideal: la persona que mata a dos o más\* en diferentes momentos temporales, en una discontinuidad anímica que hace que los hechos sean independientes, es decir, que del crimen primero se derive un tiempo de vida normal o integrada que se romperá cada vez que vuelva a matar.

#### ANATOLI ONOPRIENKO

Los alias de Anatoli Onoprienko eran Terminator y el Diablo de Ucrania. «Sé que es cruel, pero soy un robot con impulsos para matar. No siento nada», declaró. Mató a la mayoría de sus víctimas en los tres meses anteriores a su arresto, hecho que aconteció en abril de 1996. Viajó principalmente en tren durante tres años y escogió sus víctimas al azar.

Un hecho relevante en su modus operandi (MO) fue la variedad de armas elegidas, lo que no es habitual en los asesinos en serie.

\* Esta es la definición actual del FBI desde el año 2008: «El homicidio injustificado (ilegítimo) de dos o más víctimas por el mismo delincuente en dos eventos separados». No obstante, como luego veremos, muchos autores consideran que dos crímenes es un umbral demasiado bajo, porque entienden que no basta para definir una compulsión homicida, y prefieren utilizar el criterio anterior del propio FBI, que lo situaba en «tres o más».

Empleó armas de fuego, cuchillos, hachas y martillos. Había un patrón: elegía casas en las afueras de las poblaciones y entraba en ellas disparando a todos, incluyendo a los niños. Luego las incendiaba y mataba a cualquiera que se interpusiera.

Aseguró que podía recordar cada asesinato: «Un soldado que mata durante una guerra no ve a quién dispara. Alguien que mata solo a unos pocos no tiene ningún control, no puede analizar sus acciones. Yo sí puedo hacerlo, porque he matado a muchos; yo recuerdo perfectamente».

Así pues, analizaba cada crimen de modo científico. Nunca se consideró un asesino ordinario, sino que se sentía como alguien especial: «Soy alguien único, hago cosas que nadie más hace. Todos esos crímenes fueron hechos únicos». Este narcisismo es característico de los psicópatas criminales: se consideran legitimados para tomar la vida y las propiedades de quienes se les antoje. Su yo es grandioso, omnipotente, y por ello buscan ejercer ese control mortífero que alimenta ese estado psicológico de dominio sobre los demás.

¿Qué le motivaba? No era el sexo. En su época de marino, desde los 17 años, fantaseaba con su destino. «He sido elegido para cumplir una misión [...]. Hice lo que tenía que hacer: matar gente. No debo ninguna otra explicación a mis víctimas, a sus familias o a la policía.» Y también: «Quería demostrar que la gente es débil, y lo he demostrado».

En este asesino vemos la conciencia plena de lo que se es (esto mismo es bien visible en el caso de BTK, que veremos más adelante, aunque este último aceptó su perversión sin poner excusas): «Soy un hombre, pero mi naturaleza es la de un animal. Soy como un animal que contempla a su presa».

En las entrevistas que mantuvo con los forenses queda en evidencia que él ha buscado un modo de dar sentido a su actividad criminal. No se trata de que le muevan delirios, sino de justificar ante sí mismo que su vida es excepcional, porque sus actos también lo son: «No soy un maníaco. Si lo fuera, me arrojaría ahora mismo sobre usted y lo mataría de inmediato. No, no es tan sencillo. Una fuerza telepática, cósmica, me impulsa. Soy como un conejo en un laboratorio. Soy parte de un experimento para probar que el hombre es capaz de asesinar y aprender a vivir con esos crímenes a sus espaldas. Para demostrar que puedo afrontar lo que sea, y para de-

mostrar que puedo olvidarlo todo». Del mismo modo, cuando más adelante declara que es un «robot», también está representando ante el mundo. Es una forma de decir: «Algo me impulsa a hacer cosas horribles». «Un animal» y un «robot», en todo caso, no son sino expresiones para decir que uno no es humano, y en verdad que en sujetos como él se trata de algo que bien puede ponerse en duda. La conveniencia de sus justificaciones queda al descubierto por sus declaraciones en las que afirma que quería demostrar lo poderoso que era. Por ello, lo mejor es dejarse llevar por el impulso homicida, algo muy habitual en estos asesinos: «Estaba sentado, sin nada que hacer, y entonces, súbitamente, esa idea entraba en mi cabeza... Así que me subía a un coche o a un tren y salía a matar». Esto mismo decía, por ejemplo, el Asesino de la Baraja, que actuó en Madrid a principios del primer decenio de este siglo: «Estaba viendo la televisión, aburrido, y me levantaba con la idea de ir a matar a alguien».

En el juicio señaló que no debería ser juzgado antes de que pudieran comprender qué tipo de fuerza le hacía actuar como un robot. Le gritó al juez, Dmytro Lypsky: «Usted no puede comprender todo el bien que puedo hacer, y nunca será capaz de entenderme [...]. Hay una gran fuerza que controla también esta sala de justicia [...], nunca entenderá esto. Quizá algún día sus nietos podrán entenderlo». Los forenses no vieron patología alguna cuando lo examinaron, más allá de su psicopatía.

---

### **Cronología homicida de Anatoli Onoprienko**

- **1989.** Empieza a robar en domicilios con su amigo Sergei Rogozin. Una noche les sorprenden. Mata a dos adultos y ocho niños.
- **1989/principios de 1990.** Rompe la relación con Rogozin. Mata con su pistola a otra familia (cinco miembros) que estaba durmiendo en un coche. «Yo era una persona diferente entonces. De haber sabido que había ahí una familia, no lo habría hecho.»
- **24 de diciembre de 1995.** Mata a otra familia (cuatro miembros, dos niños) a disparos. Se lleva unas pocas jo-

yas y ropa. Pega fuego a la casa. «No me dio placer, solo sentí esa necesidad, esa urgencia [...]. A partir de ese momento fue como si iniciara un juego que viniera del espacio exterior.»

- **3 de enero de 1996.** Mata a otra familia de cuatro miembros, a balazos, y luego quema la casa. Mata también a un testigo.
- **6 de enero de 1996.** Mata a cuatro personas más en tres incidentes diferentes. Decidió parar a los coches en una autopista y matar a los conductores. «Para mí fue como cazar, cazar personas.»
- **11 de enero de 1996.** Mata a la familia Pilat (seis miembros) a balazos y luego prende fuego a la casa. Mata a dos personas que lo ven salir de la escena del crimen.
- **30 de enero de 1996.** Mata con su pistola a una enfermera de 28 años, a sus dos hijos y a un visitante que estaba en la casa.
- **19 de febrero de 1996.** Mata a la familia Dubchak, dispara a padre e hijo y destroza a martillazos a la madre y a la hija. La hija, que había visto el asesinato de sus padres, estaba rezando en su habitación. Onoprienko declaró: «Segundos antes de matarla a martillazos, le ordené que me dijera dónde guardaban sus padres el dinero. Ella me miró con una mirada desafiante, y con rabia me dijo: “No, no te lo voy a decir”. Esa fuerza fue algo increíble, pero no sentí nada».
- **27 de febrero de 1996.** Asesinato de la familia Bodnarchuk. Dispara a los padres y mata a hachazos a los niños, de siete y ocho años. Mata también a una persona que estaba cerca del lugar.
- **22 de marzo de 1996.** Mata a la familia Novosad (cuatro miembros) a balazos y luego quema la casa.

---

El proceso no comenzó hasta noviembre de 1998. La ley exige que el acusado lea todas las pruebas existentes contra él, y había 99 volúmenes muy gruesos. Además, las arcas públicas no disponían del dinero suficiente para costear el juicio, algo que se solven-

tó con la ayuda del gobierno estatal mediante un llamamiento hecho en la televisión. Fue condenado a muerte, pero finalmente se le conmutó la pena por la de cadena perpetua.

Más adelante presentamos en detalle diversos asesinos en serie, cada uno de los cuales merece ser analizado en profundidad por diversas razones. Igualmente, a lo largo de los siguientes capítulos con frecuencia se presentan diversos ejemplos de otros asesinos seriales.

## ASESINOS EN SERIE

El asesino en serie fascina al público, cualquiera ve su presencia continuada en los medios, en los programas de ficción y en el *true crime*. ¿Acaso es un reflejo de lo que afirma Simon, en el sentido de que «los hombres buenos sueñan con lo que hacen los malos»? Pero hay otra interpretación más parsimoniosa: los asesinos en serie son la amenaza más grave a la vida en las sociedades organizadas, donde la persona tiene muchas probabilidades de vivir una vida pacífica si elige los lugares y las actividades adecuadas para no exponerse a ser agredido. Se trata de alguien que, sin ninguna razón, te ataca y te mata. Mi punto de vista es que estamos programados por la especie para mirar con mucha atención quiénes son y qué hacen esas personas, porque son una amenaza para la supervivencia. Esa es la razón fundamental que dan las mujeres para consumir los productos *true crime*, donde ellas destacan por encima de ellos. Y me parece una buena razón.

## LA EVOLUCIÓN

Los años sesenta fueron testigos del inicio de un desarrollo creciente en el crimen en Estados Unidos (y en realidad también en el resto del mundo), que se extenderá hasta mediados de los años noventa, y que tendrá en los años setenta y ochenta como nota dominante la aparición de muchos de los casos más célebres de los asesinos seriales. Una fecha simbólica puede ser el 24 de noviembre de 1963: dos días después de ser asesinado el presidente Kennedy, Al-



bert De Salvo, el llamado Estrangulador de Boston, violaba y mataba a su decimotercera y última víctima, una maestra de 23 años. Un especialista en este tipo de homicidio, Eric Hickey (2002), realizó un estudio de todos los asesinatos en serie cometidos entre 1800 y 1995, concluyendo que cerca del 50 % había ocurrido en el periodo comprendido entre 1975 y 1995.

Peter Vronsky distingue dos etapas en el desarrollo de la figura del asesino en serie, es decir, en cómo ha sido representado y percibido en la cultura. La primera etapa se inicia con Jack el Destripador (1888), y dio lugar «a los monstruos depravados —frikis de la naturaleza—, a los desviados y amantes de la transgresión, responsables de crímenes que revelaban su mente trastornada». La segunda etapa nos introduce al asesino serial «posmoderno», y comienza con Ted Bundy en los años setenta, un homicida completamente diferente de los «locos depravados»: «[Bundy] era como uno de nosotros, un joven atractivo universitario con ambiciones comunes que conducía un Volkswagen escarabajo resultón», que representaba «las cualidades sociales superiores de los jóvenes profesionales de la clase media ansiosos por progresar». Así pues, si Bundy podía ser tanto un asesino serial como un estudiante de psicología o de derecho, un asistente en una clínica de atención telefónica para personas desesperadas y un miembro de la campaña del candidato a gobernador en el estado de Washington, estaba claro que este tipo de amenaza ya no podía ser imaginado como un sujeto cuya apariencia y/o estilo de vida delataba a un monstruo loco o perverso, sino a alguien «como nosotros».

En el imaginario colectivo se produjo, por consiguiente, un cambio importante en estos últimos 50 años. Mientras que la imagen del loco asesino de mirada aviesa todavía podía ser usada para describir a Charles Manson y su Familia, responsables de los asesinatos de los LaBianca y de Sharon Tate y sus invitados en 1969, a partir de Bundy van a surgir muchos asesinos seriales indistinguibles de la multitud que entra en un cine o en un autobús. Es cierto que algunos seguían mostrando un comportamiento y apariencia amenazante y, si se quiere, diabólica, pero la mayoría mostraba un aspecto sano y normal. Por consiguiente, el «monstruo» estaba entre nosotros, se confundía entre la masa, y ya no había forma de distinguirlo. De este modo se volvió mucho más peligroso y generó

un miedo que nunca antes se había dejado sentir en la sociedad, un proceso en el que jugó un papel fundamental el extraordinario desarrollo de los medios, cuyo despegue en recursos y tecnología iría de la mano del auge de los asesinos en serie.

La coexistencia del fenómeno de los asesinos en serie junto al desarrollo de los medios y la gran evolución cultural y socioeconómica iniciada en los años sesenta no pasó desapercibida para los analistas. Vronsky señala las razones de este incremento.

Por una parte, la natalidad había aumentado de forma espectacular tras la Segunda Guerra Mundial, así que el número de jóvenes adultos en los años setenta y ochenta era muy superior al de décadas precedentes. En segundo lugar, el conocimiento de los asesinos en serie a partir de los años sesenta creció también de un modo extraordinario gracias a la multiplicación del número de medios de comunicación social, tanto en formato escrito como en audiovisual, lo que permitía conocer y registrar muchos más casos de este tipo de homicidio que en tiempos precedentes, los cuales, simplemente, pasaban desapercibidos.

Ahora bien, el incremento en el asesinato serial en el último tercio del siglo xx también se produjo en Europa: aproximadamente un tercio del total registrado, sin contar lo ocurrido en otros continentes como Asia, cuyas cifras apenas tenían fiabilidad en aquellos años. De esto se concluye que, además de las razones anteriores, tenían que estar operando otros tipos de causas. Steven Egger, otro de los grandes investigadores del asesinato en serie, planteó la hipótesis de que en aquellos años —y se podría discutir en qué medida esta reflexión es aplicable a la actualidad— se produjo una desconsideración social profunda ante las víctimas de estos asesinos, generalmente marginadas que, como las prostitutas, los homosexuales, vagabundos y otras personas sin recursos, cuando eran asesinadas tenían un estatus de «menos muertas» con respecto a las víctimas bien integradas socialmente. Tal menosprecio, en su opinión, implicaba de forma indirecta una incitación a los asesinatos seriales porque estos sabían que apenas iban a recogerse sus muertes en la prensa ni se iban a investigar a fondo. El contraste con las otras víctimas frecuentes de estos asesinos, las mujeres jóvenes y los niños, es evidente: su desaparición o fallecimiento violento acapara las noticias de los medios de forma inmediata y mu-

chas veces redundante, y la policía destina muchos recursos a su investigación, generalmente sometida a una gran presión social para su pronto esclarecimiento. No obstante, hay que decir que algunos casos notables de asesinatos de prostitutas fueron ampliamente recogidos, como el Destripador de Yorkshire o el Asesino del Río Verde; sin embargo, muchas veces la investigación comienza tarde, cuando los cadáveres se van acumulando con el paso del tiempo.

Egger también puso de relieve la mayor aceptación que sus actos tenían entre el público en contraposición a los cometidos por asesinos «ordinarios», que no tienen atractivo porque son actos de violencia comunes debido a razones igualmente cotidianas: «Para muchos, el asesino en serie es un símbolo de coraje, individualismo e inteligencia superior. Muchos verán al asesino serial como un vehículo en el que podrán fantasear sus deseos de acabar con las enfermedades sociales» (como las prostitutas o jóvenes proxenetas). Y esa admiración a su inteligencia, mostrada por ejemplo en su capacidad para «eludir a la policía por largos periodos de tiempo, deja a un lado la razón última de por qué [el asesino serial] está siendo perseguido. Esa cualidad de ser escurridizo tapa el reguero de dolor y horror que deja a su paso».

El pensador Mark Seltzer también pone el énfasis en la propia sociedad para explicar el auge de esta forma extrema de asesinato, y vincula el atractivo de las historias ficticias y no ficticias (*true crime*) en los medios de información y culturales escritos y audiovisuales como una prueba de lo que él denomina una «sociedad herida», una sociedad fascinada «con los cuerpos abiertos y destrozados [...] en la que el público se congrega para presenciar el shock, el trauma y las heridas». En su opinión, los asesinos se sentirán motivados para pasar a la acción criminal porque son conscientes, a través de la imagen que se transmite en la cultura, de que pueden llegar a convertirse en seres diferentes y admirados, es decir, pueden convertirse en celebridades. A diferencia de los asesinos «locos» y «pervertidos» propia de la etapa comprendida entre finales del siglo XIX y finales de los años cincuenta, los asesinos de la modernidad tardía («posmodernos») serían celebrados como figuras extraordinarias y superiores, aunque muchos —no todos— por su estilo de vida y aspecto físico no puedan distinguirse de cualquiera de nosotros.

Sin embargo, en su último libro, *Hijos de Caín*, Peter Vronsky, se hace eco de una serie de fuentes que podrían indicar que los asesinatos en serie están disminuyendo considerando los dos decenios transcurridos de este siglo y en comparación con el gran auge del periodo que se inició en los años sesenta y concluyó a finales de los noventa. Según la base de datos más completa que existe sobre este fenómeno delictivo, la Radford de la Universidad de Florida —anteriormente mencionada en el estudio sobre la inteligencia de los asesinos en serie—, en el periodo comprendido entre 1997 y 2007 «solamente» fueron aprehendidos en Estados Unidos 63 asesinatos seriales, de los cuales 19 habían estado matando sin impedimentos durante más de 10 años, y otros ocho durante más de 15 años sin que fueran detenidos. Se trata, sin duda, de una cantidad escasa para los estándares de aquel país, lo que viene refrendado por otro dato: «De los 614 de los años noventa [hemos pasado] a los actuales 93, hasta ahora, en la década de 2010. Si de alguna manera esta nueva época representa el final de una “edad de oro” de los asesinos en serie, muy pocos lo lamentarán», escribe Vronsky.

Desde luego, es verdad que el número total de homicidios —de cualquier clase— ha disminuido de un modo extraordinario en Estados Unidos desde mediados de los noventa (de 24.760 en 1993 hasta 13.472 en 2014), pero los problemas con la medición del asesino serial hace que no podamos tener una conclusión definitiva sobre este punto. Y, en todo caso, también estamos lejos de comprender —si fuera verdad esta disminución— la razón de tal fenómeno.

## CONCEPTO Y DEFINICIONES

Ya hemos visto que las estimaciones acerca del número de asesinatos en serie que podrían estar actuando en un periodo y tiempo determinados han variado notablemente. Fox y Levin, en un estudio realizado en 2015, calcularon que en el siglo xx actuaron aproximadamente 700 asesinos seriales en Estados Unidos, pero hay pocas estadísticas fiables, en parte porque muchos países no se han tomado la molestia de averiguarlo, y en parte por la falta de un consenso universal acerca de este tipo de crimen, lo que impide en

buena medida la fiabilidad de esa medición. Por ejemplo, hasta 2008 la mayoría de las definiciones del homicida serial recogía la contribución pionera de la Unidad de Ciencias de Comportamiento del FBI formulada en 1992 por John Douglas y sus colegas —recogida en el célebre manual de clasificación de los crímenes— e incluía la idea de que era alguien que mataba a tres víctimas o más en momentos diferentes del tiempo. Tales «momentos diferentes» implicaba que, entre uno y otro crimen, el sujeto había retornado a su vida convencional, lo que se entendía como «periodo de enfriamiento» (*cool-off period*). Sin embargo, a partir de 2008 el mismo FBI cambió de criterio, y pasó a definir esta actividad delictiva como «el acto de matar ilegítimamente (*unlawful*) a dos o más personas en dos acontecimientos separados», lo que rebajó significativamente el umbral para que alguien fuera definido de esta forma. La razón planteada para este cambio fue que muchos asesinos que han logrado matar a dos personas seguirían haciéndolo de no ser capturados. Sin embargo, otros investigadores señalaron que dos homicidios pueden ser un umbral muy bajo para discriminar a los asesinos seriales porque no son una prueba irrefutable de que existe una compulsión para matar, algo que parece una marca esencial en estos crímenes.

Y es que al FBI se le pasó por alto la motivación del homicida en sus dos definiciones, porque, precisamente, otra fuente de discrepancia provenía del motivo o propósito del homicida: la mayoría de los autores del área excluyeron de esa categoría a los sicarios, asesinos profesionales y terroristas, debido a que estos homicidas actuaban por encargo o por fidelidad a una ideología, lo que significaba que no buscaban una gratificación de una necesidad psicológica interna, u obedecían a un motivo intrínseco propio, un elemento que se ha considerado tradicionalmente muy importante en la identificación de un asesino serial.

En efecto, parece que lo más distintivo del homicida serial se recogía, por ejemplo, en la definición de Holmes y Deburger (1988) donde se destacaba la existencia de una «compulsión para matar» y «la ausencia de un motivo aparente». Ahora bien, estos autores introdujeron un nuevo criterio junto a los dos anteriores, a saber, que el asesino debía de matar a gente desconocida, lo que no está claro por qué ha de ser así, aunque es cierto que la mayoría mata a gente

que no conoce, pero no siempre. Por ejemplo, los llamados «ángeles de la muerte», homicidas que matan a personas que están bajo sus cuidados en hospitales y centros sociales, sin duda conocen en mayor o menor medida a sus víctimas.

Carol Skrapec, en su obra de 2001, no atendió a este criterio, y definió un asesinato serial como el resultado de tres o más crímenes cometidos por el mismo sujeto en acontecimientos separados en un periodo de tiempo extenso. Esta definición es valiosa, y para la mayoría de los casos funciona, pero no siempre, porque lo que es un «periodo de tiempo extenso» es bastante subjetivo. Hay asesinos que han matado a lo largo de varios años, pero otros lo han hecho en varios meses o incluso semanas o aun días. ¿Qué es «extenso»?

Para mí, la mejor definición la proporcionó Ferguson y sus colegas al añadir los siguientes requisitos: (a) tres o más víctimas en eventos separados; (b) no es el resultado de una actividad del crimen organizado o del terrorismo; (c) el autor ha de sentir una gratificación personal al matar, que no puede reducirse a un elemento funcional, es decir, que mata «sin motivo aparente» y siente generalmente alivio psicológico al hacerlo porque satisface la compulsión, aunque pueda derivarse también de este hecho un beneficio de otra índole, por ejemplo económico.

Podríamos detenernos en otras discusiones y temas que han complicado el logro de una definición compartida por todos, pero no es necesario extendernos en esto. Solo comentaré que hoy en día ya no se atiende a una definición dada por Egger en 1984 donde el homicida serial era siempre un hombre, olvidando que desde la célebre condesa Ezebet Bathory, que vivió a caballo de los siglos XVI y XVII (1560-1614), no son pocas las mujeres que han tenido el dudoso honor de entrar en este club restringido. E igualmente, un criterio muy popular entre los autores de los años setenta y ochenta del pasado siglo como era que el móvil había de ser sexual, hoy en día tampoco se sostiene. No obstante, se comprende que en esa época se incluyera, debido a que los años sesenta, setenta y ochenta fueron muy prolíficos en lo que a crímenes violentos sexuales se refiere, lo que generó precisamente la necesidad de crear unidades especiales de policías para combatirlos. Hemos de recordar que los grandes casos de asesinos seriales, los que han sido ob-

jeto de numerosas películas y libros de *true crime*, han sido homicidas seriales sexuales, desde el Estrangulador de Boston en los años sesenta hasta Jeffrey Dahmer en los ochenta, y entre medias nombres míticos como Ted Bundy o John Gacy. No obstante, ya en aquellos años surgieron homicidas seriales que desafiaban el adjetivo de «homicidas sexuales». Por ejemplo, Zodiac o el Hijo de Sam quizá tuvieran deseos sexuales, pero no solo era eso. Es cierto que el móvil sexual es muy frecuente entre esta población, pero no es el único.

La última aportación para buscar una definición que pudiera ser admitida por todos se debe al profesor de la Universidad de Toronto Sasha Reid, quien propone el cambio del concepto «asesinato serial» por «homicidio criminal compulsivo», porque, en su revisión de la literatura especializada, halló que «son las acciones y patologías de estos homicidas lo que les distingue realmente de los otros homicidas» y la patología de este homicida es la compulsión para matar. No obstante, Reid advierte de que el término «compulsión» no implica que el sujeto sea inimputable ante la ley porque no pueda controlarse, sino que refleja que los crímenes «siguen un mismo patrón y que se basan en patologías psicológicas internas que no están asumidas por el individuo, las cuales le proporcionan el ímpetu para cometer los homicidios en serie».

Por lo que respecta al número de víctimas, propone la ecuación «2+1»: dos homicidios consumados por un mismo autor en momentos diferentes y al menos un intento de homicidio, lo que serviría al propósito comentado antes de no bajar el umbral a los dos homicidios. En relación con la motivación, Reid coincide con el criterio anterior de gratificación personal, lo que apunta a «una motivación intrínseca» basada en la psicología del sujeto. Esto, sin embargo, supone un problema: implicaría excluir del asesinato serial a la mayoría de las mujeres, dado que estas en una gran mayoría de los casos buscan un objetivo funcional, como es heredar a alguien (las «viudas negras») u otra forma de obtener dinero o propiedades. No todas las mujeres, es cierto, porque las hay que actúan por otros motivos, sobre todo si forman un equipo con una pareja masculina, ya que en estos tandems podemos encontrar el deseo sexual, el de sentir poder y dominación, el de aventura y el mostrarse leales como impulsores del homicidio.

A continuación, Reid excluye por el mismo motivo a todos los que matan por otros incentivos externos como terroristas y mafiosos, y también a los que presentan una psicosis, porque a su juicio es necesario que el homicida serial « ejerza una deliberación consciente e independiente, una planificación previa e intencional en la adquisición, control y/o eliminación de la víctima ». Y finalmente los asesinos seriales se distinguen claramente de los asesinos « en masa » (*mass murderers*; en este libro se emplea el concepto de « asesino múltiple en un solo acto », y se simplifica como « asesino múltiple ») porque estos « matan a tres o más personas en un mismo lugar y en una unidad de acción », sin que exista periodo de « enfriamiento » que medie entre los diferentes crímenes.

Reid reitera aquí el criterio de regreso a la vida convencional para marcar el periodo de tiempo entre los crímenes. Claramente, el asesino múltiple solo dispone de un único tiempo, el comprendido entre el inicio y el final de la acción. Del mismo modo, si queremos utilizar el concepto de « asesino itinerante » (*spree killer*), se diferencia de este último y del homicida serial o compulsivo porque aquí se mata a varias personas en diferentes lugares, extendiendo generalmente la duración de esa única secuencia de tiempo porque lo exige el desplazarse a los diferentes lugares donde cometer los homicidios. Este tipo de asesino tiende a unificarse con el del asesino múltiple, porque en realidad si la secuencia de acción y psicológica se mantiene durante el desplazamiento a los diferentes lugares donde mata, tendríamos a un asesino que no entra en el periodo de « enfriamiento » que sería característico de los asesinos en serie. Finalmente, habría casos considerados híbridos. Más adelante en este libro analizamos uno de esos casos: los Tiradores de la Autopista, quienes permanecieron varios días sin matar. A mi juicio son asesinos en serie, no *spree killers*, porque en ellos está ausente la identidad agónica y fatalista del asesino que mata a modo de última voluntad, y que en la mayoría de las ocasiones piensa que no va a salir vivo de ese episodio.

En resumen, estos criterios de Reid son, a mi juicio, necesarios, pero creo que resulta pertinente corregirlo con la definición dada antes por Ferguson: que el motivo no sea estrictamente funcional me parece acertado, porque sin duda las llamadas « viudas negras » son homicidas seriales, las cuales además del beneficio obtienen un



placer añadido derivado del acto de matar. Porque, como vamos a ver a continuación, en todo asesino serial se da el ansia de obtener poder y control. Y, lo que complica más el asunto, un asesino serial puede tener varios motivos para matar, de acuerdo con las circunstancias en las que se halla.

Uno de los grandes ejemplos de esta polivalencia la encontramos en quien es considerado el primer asesino en serie de la historia en Estados Unidos.

## HENRY HOLMES

Cuando Holmes (llamado realmente Hermann Mudgett) llegó a Chicago, en la década de 1880, la ciudad del viento se estaba preparando para la Exposición Universal de 1893, que iba a conmemorar los 400 años del descubrimiento de América. Cerca de 27 millones de personas visitaron Chicago en un periodo de seis meses. Era un destino ideal para los delincuentes, y, en efecto, durante esos meses el crimen se incrementó de modo importante. Y Holmes tuvo mucho que ver en ello.

Muchas jóvenes, ingenuas y confiadas, se acercaron a Chicago en busca de un alojamiento cerca de la Exposición, y Holmes estaba allí, con su formidable hotel de tres pisos y entre 50 y 60 habitaciones, para recibirlas. Además, se trataba de alguien apuesto, sobre metro ochenta de alto, 30 años y con un título de doctor en medicina para exhibir.

Holmes realizaría en Estados Unidos el mismo papel que Jack el Destripador en Inglaterra: dar a conocer al gran público el horror del asesino en serie urbano, nacido en la estructura de la moderna sociedad industrial y de negocios que ya se dirigía con paso firme al siglo xx. Sin embargo, mientras que el Destripador representó el papel del demonio callejero que mata a mujeres pobres y prostitutas, la amenaza que surge de entre las sombras, Holmes va a simbolizar al tipo que se esconde detrás de una máscara de absoluta normalidad e incluso excelencia, ya que durante los años en que estuvo matando era considerado como un respetable médico que regentaba una farmacia y una casa de huéspedes. Holmes es el demonio de la casa de al lado, no el de las callejuelas oscuras. En este sentido, él

era una anomalía, un pionero en la imagen cultural del asesino serial, la cual no llegará a ser asimilada hasta la irrupción de Ted Bundy ochenta años más tarde.

Además, en Holmes se da una combinación que pocas veces encontramos: un maestro del asesinato en serie y un artista de la estafa.

Holmes y Chicago, como símbolo de la nueva época: Chicago y su Exposición Universal era la gran atracción que mostraba al mundo las maravillas de la nueva época, del nuevo siglo inminente. Con la llegada de Holmes a Chicago, esa Exposición Universal tenía también otra gran presentación, pero esta fuera de programa: la del asesino en serie perfectamente integrado y camuflado, con su bagaje de horrores, entre toda esa nueva maravilla del poder creador del hombre.

---

### **Cronología homicida de Henry Holmes (Hermann Mudgett)**

- **1860.** Nace en el estado de New Hampshire, hijo del director de correos de su ciudad (no está claro si hay episodios de violencia temprana, aunque es un buen estudiante).
- **1878.** Se casa con Clara Lovering, y tienen un hijo. Con el dinero de su suegro se matricula en la Facultad de Medicina, y se cambia el nombre de Mudgett por el de Holmes.
- **1879.** Se traslada a la Facultad de Medicina en Ann Arbor, en el estado de Michigan. Empieza su carrera delictiva, pero no con el crimen, sino con la estafa. Se dedica a robar cadáveres del laboratorio y a cobrar seguros mediante su método favorito de estafa a las compañías: los aseguraba y, después de desfigurarlos, los dejaba en lugares en los que parecía que habían sufrido un accidente; luego reconocía el cuerpo y cobraba el seguro. Abandona a su mujer y a su hijo.
- **1880-1884.** En este periodo no se sabe nada de él.
- **1885.** Todavía casado con Clara, contrae matrimonio con Myrtle Belnap, hija de un rico hombre de negocios. Ella se queda en su ciudad y él se instala en Chicago.

- **1889.** Termina la relación con su segunda mujer.
- **1885.** Empieza a trabajar en la droguería/farmacia de la Sra. Holden, donde se convierte en su amante y administrador.
- **1887.** La Sra. Holden desaparece sin dejar rastro, y Holmes mantiene que ella le ha vendido el negocio y se ha marchado al extranjero (¿primer asesinato?).
- **1890.** Compra un terreno que está frente a la droguería y empieza a construir una gran casa de tres pisos, a la que años después todo Estados Unidos conocerá como «El castillo de los horrores». Ese año realiza una primera estafa a una compañía de seguros junto con Benjamin Pietzel, un colega que tendrá una gran importancia en su vida.
- **1892.** Se termina el «castillo», de tres plantas: la planta baja se alquila a tiendas y almacenes; la segunda y la tercera se destinan a habitaciones de alquiler, aunque alquilará pocas, ya que los que fueron allí normalmente eran invitados suyos que no iban a sobrevivir. Holmes usó algunas de las habitaciones como cámaras de asfixia, donde sus víctimas eran sofocadas con gas. En el sótano instaló un horno crematorio y una mesa de torturas, así como una gran cuba con ácido para disolver los cuerpos, y cubetas con cemento rápido. Todas sus «habitaciones trampa» disponían de alarmas que sonaban en las habitaciones de Holmes si la víctima intentaba escapar. También tenía una habitación con la «cama del estiramiento». Otras habitaciones tenían toboganes en el suelo por donde deslizar los cuerpos hasta el sótano, así como agujeros para poder mirar en el interior.
- **1892-1896.** Periodo de funcionamiento del castillo de los horrores, con tres sistemas para conseguir víctimas. Las mujeres son atraídas por anuncios de hospedaje y por anuncios de trabajo; cuando las contrata, les exige que guarden discreción acerca de dónde van a trabajar, ya que sus competidores estaban espiándole. También conseguía mujeres anunciándose como soltero en busca de esposa.
- **1893.** Holmes conoce a Minnie Williams, heredera de un hacendado de Texas y que ejerce de maestra en Chicago.

Ella viviría más de un año en el castillo, y no está claro si conocía los crímenes perpetrados por Holmes. En ese año Nannie, la hermana de Minnie, va a visitarla. Holmes la asesina después de seducirla y hacer que le transfiera una propiedad.

- **Enero de 1894.** Holmes y Minnie se dirigen en compañía de una empleada, Georginna (Gorgina) Yoke, a Texas para reclamar ciertas propiedades de Minnie. En el camino, en Denver, Holmes se casa con ella y hace pasar a Minnie como su prima. En Texas comete el error que le costará luego la vida: compra varios tranvías de caballos con cheques falsos y luego los vende, sacando un buen dinero. Poco después de regresar a Chicago, Minnie desaparecerá para siempre.
- **Julio de 1894.** Holmes fue arrestado por vez primera por la estafa de los tranvías de caballos, y antes de que Georginna pagara su fianza conoce a otro preso, un ladrón de trenes llamado Marion Hedgepeth que cumplía 25 años de condena. Holmes le habla de una estafa que había diseñado y le pregunta a Marion si conoce a un abogado que pueda participar en dicha estafa. A cambio promete darle 500 dólares.
- **Septiembre de 1894.** Un primer intento de estafar a la compañía de seguros no dio resultado, pero un mes más tarde recurre a su viejo conocido, Ben Pietzel, para intentar una variación de ese mismo plan. Pietzel y su esposa fueron a Filadelfia para abrir una oficina de patentes, mientras que Holmes aseguraba su vida. El plan era que Pietzel bebería una droga que le dejaría inconsciente; entonces él lo maquillaría para desfigurar su rostro. Habría una explosión en la oficina de patentes, y cuando un testigo viera lo acaecido y Holmes le dijera que se fuera a avisar a una ambulancia, entonces Holmes pondría un cadáver en su lugar, y luego el abogado, acompañado de la viuda de Pietzel, iría a la compañía de seguros a reclamar el pago de la póliza. Holmes pagó al abogado, pero no al ladrón de trenes, Marion Hedgepeth. Este, al no cobrar el dinero prometido, denunció a la policía toda la opera-

ción, quien a su vez alertó a la compañía de seguros. Esta se puso en contacto con la célebre compañía de detectives Pinkerton, que puso al agente Frank P. Geyer tras el caso.

- **Septiembre-octubre de 1894.** Lo cierto es que el cadáver que entregó Holmes era el del propio Benjamin Pietzel, algo que no dijo a su viuda, quien creía que su esposo se había ocultado en Nueva York. Ahora, Holmes, Gorgina y la Sra. Pietzel con sus tres hijos se desplazan por diferentes ciudades. Luego Carrie Pietzel se marcha, dejando a Holmes y Gorgina con sus tres hijos, y quedan con la madre en verse más tarde en Detroit. Más adelante él se marcha solo con los tres niños y lleva una vida errante, sabedor de que le perseguían.
  - **1894.** Holmes es arrestado en Boston y enviado a Filadelfia, donde confesó el fraude, temeroso de que le enviaran a Texas para ser juzgado por la estafa de los tranvías de caballos, algo que le podría llevar a la horca como un ladrón de caballos. La Sra. Pietzel fue arrestada pero luego liberada.
  - **Junio de 1895.** Holmes se confiesa culpable del delito de estafa, pero no dice dónde están los niños. Frank Geyer inicia su búsqueda. Cuando, siguiendo las cartas que le habían enviado a Holmes, va visitando las diferentes ciudades donde se había escondido, llega finalmente a Toronto, donde descubre enterrados en una casa a Nellie y Alice Pietzel, de cuatro y cinco años. Al conocerse el crimen, el público asistió angustiado a la búsqueda del otro hijo (Howard) por parte de Geyer. Finalmente encontró los restos quemados del niño en Indiana, en un suburbio de la ciudad de Irvington, alojados en el hueco de la chimenea.
  - **1895.** Todo está listo para que Geyer y la policía entren en el castillo de Holmes en Chicago, donde van a tener una experiencia más allá del horror. Y al doctor le espera la horca.
-